
DISCURSO

NUEVAS PERSPECTIVAS EN LAS RELACIONES ENTRE ESTADOS UNIDOS Y LATINOAMÉRICA *

CARL GERSHMAN

Me complace mucho aceptar la invitación del Instituto de Ciencia Política para hablar sobre el tema "Nuevas perspectivas en las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica".

Permítanme empezar diciendo algunas palabras sobre el National Endowment for Democracy (NED),¹ una nueva organización norteamericana de la cual tengo el honor de ser presidente. El NED es una organización que no pertenece al Gobierno ni a ningún partido o grupo determinado. Fue fundada por el Congreso con el fin de aunar los esfuerzos y talentos de ciudadanos y grupos privados de los Estados Unidos, interesados en trabajar con quienes, en el exterior, luchan por construir por sí mismos un futuro democrático. Sus actividades están dirigidas por un Consejo de Directores compuesto por ciudadanos destacados provenientes de las principales corrientes de influencia en la vida política y cívica de los Estados Unidos, liberales y conservadores, demócratas y republicanos, representantes de los trabajadores y empresarios, académicos, líderes de grupos minoritarios y otros con una larga experiencia internacional. Los miembros de este Consejo representan la diversidad que caracteriza la vida política en Estados Unidos y al mismo tiempo, el amplio compromiso del sistema bipartidista con la democracia. Ahora bien, ellos se han asociado pues creen que las instituciones privadas de los Estados Unidos deben comprometerse cada vez más en trabajar con grupos privados del exterior, para hacer progresar la causa de la democracia.

Permítanme enfatizar que, si bien nosotros estamos fervientemente comprometidos con la democracia, no tenemos intención imponer o exportar el tipo de sistema político y las estructuras sociales que se han desarrollado en nuestro país. Como declaró nuestro Consejo el mes pasado, en su primera declaración política de importancia, "un sistema democrático puede tomar diversas formas, apropiadas a las ne-

* Discurso pronunciado en el Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile, el 9 de enero de 1985. El señor Carl Gershman es Presidente del National Endowment for Democracy.

¹ Fundación Nacional para la Democracia.

cesidades y tradiciones locales, y por lo tanto, no deben seguir el modelo norteamericano o algún otro en particular". Lo que es esencial a la democracia, sin embargo, es el derecho de un pueblo a elegir libremente su propio destino, y este derecho requiere de un sistema en que existan elecciones libres y competitivas, libertad de expresión, de creencias y de asociación, respeto por los derechos inalienables de los individuos y de las minorías, libertad en los medios de comunicación, y un estado de derecho.

El NED también postula que la existencia de instituciones económicas, políticas, sociales y culturales autónomas es la mejor garantía para preservar los derechos y libertades individuales y las bases del proceso democrático.

Estamos convencidos que estas instituciones autónomas pueden ser fortalecidas con la ayuda de sus contrapartes existentes en las sociedades libres. Además, creemos que esta ayuda debe responder a las necesidades locales, y que debe fomentar —pero no controlar— los esfuerzos de cada sociedad para construir instituciones libres e independientes.

En último término, el éxito o fracaso de la democracia dependerá de lo que suceda dentro de una sociedad en particular, y no de lo que provenga de afuera. Pero aquellos que están trabajando en pro de la democracia, a menudo en circunstancias difíciles, deben saber que no están solos. El NED visualiza una asociación entre aquellos que actualmente gozan de los beneficios de la democracia, asociación basada en el respeto mutuo, en valores compartidos y en un compromiso común para trabajar juntos, con el fin de extender las fronteras de la democracia para las generaciones presentes y futuras.

En las circunstancias actuales, fortalecer la democracia en el hemisferio es un objetivo de primordial importancia en la relación que hoy día se está desarrollando entre los Estados Unidos y Latinoamérica. Más que nunca, la democracia se ha convertido en una necesidad práctica para encontrar soluciones a los nuevos y difíciles problemas que requieren con urgencia de una mayor cooperación de todo el hemisferio. Necesitamos un nuevo sentido de comunidad regional, una nueva comprensión de que tanto el Norte como el Sur de este hemisferio comparten muchos intereses, así como un destino común, a pesar de que existan tópicos sobre los cuales, inevitablemente, podamos diferir. Así como una planta necesita del agua y del sol, este nuevo sentido de comunidad regional debe ser alimentado por un compromiso más amplio y profundo con los valores democráticos, ya que sólo esto servirá de base sólida a una nueva relación fundada en la cooperación.

La necesidad de un nuevo tipo de relación está reflejada claramente en la creciente toma de conciencia de los Estados Unidos de que lo que sucede en Latinoamérica es importante para nuestro propio futuro. Siempre han existido personas en los Estados Unidos que han apreciado la importancia de la relación con nuestros vecinos del Sur. Pero generalmente estas relaciones no han constituido interés preponderante para los Estados Unidos.

Existen muchos factores que explican este tardío reconocimiento por parte de los Estados Unidos de la importancia crítica de las relaciones con Latinoamérica. La crisis de la deuda es, ciertamente, uno de esos factores, así como también el prolongado conflicto en Centroamérica. Además, los norteamericanos de origen latinoamericano constituyen el sector de la población estadounidense que se expande más rápidamente. Esta minoría es especialmente sensible a la cuestión de nuestras relaciones con América Latina. Más aún, se ha producido un cambio de la población regional dentro de los Estados Unidos, hacia el sur y el oeste. Este cambio se refleja en las actitudes de los funcionarios elegidos, quienes tienen una creciente orientación hemisférica. Para ellos, las relaciones con Latinoamérica tienen una realidad inmediata e imperativa.

La nueva actitud de los Estados Unidos refleja una toma de conciencia, la existencia de serios problemas que afectan a todo el hemisferio y que deben ser atendidos con urgencia. Pero existen límites a lo que Estados Unidos puede y debe hacer solo. Existen crisis en otras partes del mundo que, inevitablemente, distraen la atención de los Estados Unidos. Además, su capacidad de llevar a cabo acciones de mayor alcance se ve limitada por su gran déficit presupuestario.

En todo caso, Estados Unidos no puede actuar en forma unilateral para solucionar los problemas del hemisferio. La creciente influencia y la mayor asertividad de los países latinoamericanos imposibilita una solución unilateral por parte de los Estados Unidos a los complejos problemas hemisféricos. Del mismo modo, los complejos problemas que se relacionan con la seguridad, independencia y bienestar económico de los Estados Unidos en el hemisferio no pueden ser enfrentados en forma significativa, por los latinoamericanos solos.

Lo que se quiere es una nueva asociación hemisférica, compartir responsabilidades entre Norte y Sudamérica, un nuevo tipo de entendimiento basado en la mutua cooperación, ayuda y sacrificio.

Este nuevo tipo de asociación no puede basarse sólo en intereses comunes. Para comenzar, la percepción de estos intereses puede diferir. Un país puede enfatizar más un aspecto de la crisis que otro. Algunos países pueden temer que sus propios intereses nacionales y especialmente su sentido de orgullo y dignidad nacionales puedan ser ignorados cuando se traten en conjunto los temas en debate, tanto regionales como de seguridad.

Tal vez lo más importante sea una relación de amistad y solidaridad que no puede basarse solamente en cálculos de las ventajas mutuas. Debe enraizarse en algo más profundo, en un conjunto de valores compartidos, en un compromiso común sobre la visión del futuro, en un sentido de ser miembros iguales, en una comunidad de creencias.

Creo que este compromiso común con la democracia proporciona la única base adecuada para una nueva asociación regional.

La democracia es el único sistema que combina los principios de autodeterminación para la nación y para el individuo. Es lo suficientemente flexible como para acomodarse a determinadas tradiciones nacio-

nales o culturales, en tanto se adapten ciertos requisitos básicos que se refieren a los derechos individuales y al estado de derecho.

La democracia provee formas prácticas de gobierno que ofrecen un medio para solución de los conflictos sociales sin recurrir a la violencia, reduciendo la atracción de las ideologías extremistas. Al mismo tiempo, representa un elevado ideal, capaz de obtener la lealtad de todos quienes respetan la dignidad humana.

Por todas estas razones, la tendencia hacia la democracia en América Latina, que ha ido aumentando en los últimos meses, es un acontecimiento profundamente importante y bienvenido. Es esencial que esta tendencia continúe, que la democracia se *consolide* donde se ha establecido, se *logre* donde haya un proceso de transición hacia ella, y se *fomente* donde no existe un movimiento visible, o donde los pasos tentativos que se han tomado con el fin de restaurar la democracia han sido detenidos o interrumpidos.

Este fortalecimiento de la democracia es una precondition para que se produzca, de parte de los Estados Unidos, el tipo de respuesta decidida y constructiva que se requiere para ayudar a Latinoamérica en la crisis actual. Debido a que los Estados Unidos es un país grande, diversificado, y a veces con tendencia a la discusión, a menudo es difícil llegar a un acuerdo en lo que se refiere a nuevas iniciativas en política internacional. Debe existir un amplio consenso, no sólo en el Ejecutivo, sino también en el Congreso, en los medios de comunicación y en el pueblo, de que una política determinada es correcta, especialmente si ésta requiere de sacrificios. Cuando este acuerdo no es posible, se puede producir una parálisis.

Es importante enfatizar, por lo tanto, que la tendencia hacia la democracia en América Latina aumenta la posibilidad de que en los Estados Unidos se produzca un consenso para realizar políticas concretas de cooperación. Han pasado hace tiempo los días cuando Estados Unidos podía llevar a cabo una política de Buen Vecino, sin tomar en cuenta las características políticas del gobierno del vecino.

Como ya vimos, dentro de NED el tema de la democracia logra unir a Demócratas y Republicanos, y de este tipo de unidad surgirán acciones claras.

Creo que el mismo principio puede aplicarse a América Latina. Esta es una vasta y diversificada región, compuesta de países que a menudo están en desacuerdo entre ellos. Esto es natural, pero también es natural que los países democráticos se identifiquen entre sí con orgullo, y que estén preparados para actuar juntos con el fin de hacer avanzar la causa de la democracia. Una comunidad latinoamericana de democracias sería una fuerza vigorosa y unida para la defensa de la libertad en el hemisferio.

A pesar de las obvias ventajas de la democracia y también, a pesar de los grandes progresos que ésta ha hecho en América Latina, persiste, en algunos sectores, la creencia de que la democracia no es el mejor sis-

tema de gobierno para los países latinoamericanos y tampoco es un sistema factible para ellos.

El escritor peruano Mario Vargas Llosa se ha constituido en uno de los más brillantes críticos de esta posición, ampliamente difundida entre los intelectuales occidentales, quienes consideran que "el ejemplo cubano", como lo llama Gunter Grass, es el más apropiado para América Latina, aunque no para ellos mismos. Creen que "la democracia es demasiado buena para nosotros", escribe Vargas Llosa, e ignoran totalmente a "los millones de hombres y mujeres que añoran y son capaces de vivir en una democracia". De acuerdo a Vargas Llosa, los que sostienen esta posición son personas para quienes "las abstracciones políticas han llegado a ser más importantes que la carne y que la sangre". Se interesan, continúa, "en una América Latina de ficción, en la que puedan proyectar los apetitos ideológicos que la realidad de sus propios países no puede satisfacer, aquellas convicciones que la vida que llevan diariamente les niega". La acusación de Vargas Llosa es fuerte, incluso amarga: "en la mayoría de los casos", escribe, "el problema consiste en un prejuicio inconciente, en un sentimiento difuso, una especie de racismo visceral, el que estas personas —que generalmente tienen impecables credenciales liberales y democráticas— negarían enfáticamente si de súbito se les hiciera consciente. Pero en la práctica —esto es, en lo que dicen, hacen o dejan de hacer y, por sobre todo, en los que escriben acerca de América Latina— esa duda esencial aparece y reaparece siempre".

La actitud descrita por Vargas Llosa caracteriza la posición de muchos intelectuales occidentales. Es superficial y mal informada, pero no es inocua. Tiene el efecto de desmoralizar a los auténticos demócratas, quienes son considerados como débiles compromisarios, y contribuye a que se produzca un proceso de polarización, el que en sí mismo es un obstáculo para el desarrollo de una auténtica alternativa democrática frente a las dictaduras de izquierda o de derecha.

Es precisamente este tipo de polarización el que debemos tratar de evitar. En efecto, el NED se fundó, en parte, para lograr este objetivo, no para interferir en los asuntos ajenos, ni para buscar favoritos entre los demócratas; sino con el fin de otorgar un modesto, pero muy necesitado apoyo para reforzar el centro democrático y fortalecer el proceso democrático.

Estamos concientes de que lo que podemos hacer es limitado. En último término, como ya dije anteriormente, el cambio se producirá desde adentro. Sin embargo, si miramos el proceso democrático desde una perspectiva amplia, como he tratado de describirlo aquí, las posibilidades de que se produzcan cambios son evidentes. Existen demasiadas cosas en juego en este tipo de relación cooperativa, necesarias para las dos partes de nuestro hemisferio, por lo que la democracia supone mucho más que un principio abstracto o una esperanza quijotesca. Ella constituye precondition para la solución de problemas de gran envergadura. Además, debido al gran auge que ha adquirido el proceso de

transición a la democracia, ésta es claramente una idea cuyo tiempo ya está maduro.

Creemos que las organizaciones privadas en Estados Unidos tienen la responsabilidad de ayudar a sus contrapartes democráticas en el extranjero en este proceso de transición. Esta es una responsabilidad solemne, la que debe ejercitarse restringida y cautelosamente con conciencia de la complejidad de los problemas involucrados. Sin embargo, ella también debe basarse en un compromiso permanente con los valores democráticos y en un convencimiento acerca de la importancia de nuestra tarea común, de su importancia para nosotros mismos y para las instituciones a las que pertenecemos, para nuestros países y para el futuro de la democracia en todos los pueblos.